

# La punta del iceberg

**H**ace pocos días, el diálogo entre hombres y mujeres, tema delicado y complejo donde los haya, reunió en Barcelona a una treintena de personas, a iniciativa de hombres implicados en la revisión de las nuevas masculinidades.

La jornada separó y mezcló por sexo a unos asistentes cargados de intensidad, con ganas de preguntar, mostrarse, teorizar o sanar heridas. Para presidir la relación con el otro, algunas mujeres erigimos como soberana la palabra *respeto*, acompañada de su corte: autonomía, comunicación, libertad, reconocimiento, empatía, vulnerabilidad, confianza, ponerse en cuestión. Un norte: la paz activa, término acuñado con unánime aceptación en un grupo de trabajo. ¿Hasta qué punto encarnamos esos valores que reclamamos al otro? El interrogante no resultó del todo confortable y sin embargo es ineludible.

A.M.<sup>a</sup> VIDAL, profesora de Comunicación Verbal y Desarrollo de Competencias Personales

Resulta evidente el lastre de las heridas que aún combinan el bagaje cultural con la biografía personal. Nuestra educación cojea a la hora de transmitir herramientas para abordar la complejidad y liberarnos de la visión maniqueísta que lo divide todo en dos: el bien y el mal. Con qué facilidad nuestro índice acusa al otro, y qué poco nos han advertido acerca de los tres dedos recogidos que enfocan hacia un@ mism@. En ese contexto, cobró de nuevo sentido una secuencia aprendida de Paule Salomon, filósofa francesa que ha desmenuzado con lucidez y esperanza lo que se cuece entre nosotr@s. En el momento del enamoramiento, la mujer es como una diosa radiante ante la que el caballero se arrodilla para adorarla. Progresivamente, el condicionamiento social desliza a la pareja hacia una segunda fase: el hombre se alza en todo su poder y la mujer, a sus pies, da prioridad a las necesidades de éste. Pero el tiempo de la sumisión de la hembra caduca, y pronto ambos están de pie, frente a frente. Insospechadamente, es-

---

## ¿PODEMOS CONCEBIR

---

una relación con el otro para

---

compartir y crear, no para

---

destruirnos porque el otro no

---

nos da lo que queremos?

---

talla el conflicto en esa relación de apariencia idílica hasta ahí. Mientras necesitemos tener la razón a toda costa, ser el/la buen@ de la película, la erosión está servida. La división del mundo que sólo concibe a un ganador y un perdedor nos ha formateado. Sólo una educación para la paz traerá el paradigma *tú ganas, yo gano*, y sólo lo encarnaremos si aceptamos revisar lo que proyectamos sobre el/la otr@ y aprender a gestionar la diferencia.

La secuencia sigue. Ponemos a la pareja en

conflicto espalda contra espalda, añadimos una mujer delante del hombre y un hombre delante de la mujer: con lo que nos peleamos es con una proyección, no con el otro. Si escuchamos por separado a los miembros de una pareja en guerra, nos cuentan dos películas distintas. Elaborar la proyección es la gran tarea pendiente que nos puede sacar del papel de la víctima que acusa e instalarnos en una responsabilidad vinculada a la conciencia. ¿Podemos concebir una relación con el otro para compartir y crear, no para destruirnos porque el otro no nos da lo que queremos?

Revisar la relación entre hombres y mujeres es una de las vías para avanzar hacia una cultura de paz y salir del círculo vicioso de la víctima y del verdugo. Como dijo uno de los participantes masculinos a un hombre que estaba en plena queja, la solución no está en focalizar la punta del iceberg, sino en la comprensión del proceso que desemboca en un drama para poder rectificar a tiempo. Y esa comprensión es de máxima urgencia.●